CUENTO ORIGINAL

La oficina de hojas de Milo

Texto íntegro · lectura imprimible

Una narración de ficción; los animales y los acontecimientos son imaginarios.

Cada mañana, Milo, un caracol cartero, abría su oficina de correo debajo de una raíz de sauce. No tenía paredes ni puerta. Tenía una piedra lisa para ordenar las cartas y una caja hecha con dos hojas secas. Desde allí llevaba mensajes a los vecinos del jardín.

Aquella mañana encontró una carta distinta. Estaba escrita sobre una hoja verde, doblada en tres partes. Alguien la había dejado en la caja antes de que empezara a llover. Una gota había bajado por el borde y había borrado casi toda la dirección.

Milo acercó la hoja a la luz. Donde debía estar el nombre solo quedaban tres marcas: un punto, una curva y una raya corta. El jardín tenía tres casas cuyos letreros se parecían a aquellas señales. Estaba la casa del círculo, cerca del estanque; la de la media luna, junto al tronco; y la de las tres rayitas, detrás de las flores.

—Puedo probar con la primera —pensó Milo—. Pero, si no es su carta, estaría entregando un mensaje ajeno.

Puso la hoja sobre la piedra. No quería adivinar cuando podía investigar. En la parte izquierda vio dos agujeritos, uno encima del otro. Cerca de ellos había una mancha morada que olía a mora. En la esquina superior se notaba un pliegue muy apretado.

Milo extendió la hoja con cuidado. Si doblaba la esquina hacia dentro, los dos agujeritos quedaban uno frente al otro. Parecían hechos para pasar un hilo por ambos. La mancha morada se detenía justo en el borde de un pequeño trozo rasgado.

—Aquí había una solapa —dijo—. El hilo la sujetaba y el doblez la escondía. La lluvia borró las marcas, pero además falta la parte donde estaba escrita la dirección completa.

Esa observación le sirvió para descartar una idea: las tres marcas no eran un código secreto. Eran apenas restos de letras. Sin la solapa no podría leer el nombre, por mucho que mirara.

Junto al camino trabajaba Rulo, un escarabajo que reparaba pequeñas cajas de semillas. Milo le enseñó la hoja sin leer en voz alta el mensaje del interior.

—¿Has visto un doblez así? —preguntó.

Rulo la observó por ambos lados.

—Yo hago los dobleces hacia fuera para que las cajas se abran fácilmente. Pero Ada, la hormiga, pliega las puntas hacia dentro y las asegura con dos agujeros. Una vez le ayudé a buscar hilo. No sé si esta hoja es suya; podrías preguntarle.

Milo le dio las gracias. Rulo no había dicho a quién pertenecía la carta, solo había compartido una pista sobre la forma de doblarla. Eso era suficiente para continuar.

Encontró a Ada cerca de las moras. La hormiga estaba apilando pedacitos de corteza para construir un estante. Cuando vio los agujeros, reconoció de inmediato su manera de sujetar las hojas.

—¡Esa carta la escribí yo! —exclamó—. La dejé ayer para Rulo. Quería invitarlo a elegir un sitio para una pequeña biblioteca de hojas. Había puesto su nombre en una solapa, para que no se viera el mensaje al transportarla.

Ada sacó de su bolsillo una tira de hoja con dos agujeritos. Se había desprendido de la carta mientras la preparaba y ella había creído que seguía sujeta al hilo. La mancha morada coincidía con la del borde: Ada había dejado caer una gota de jugo de mora antes de doblarla.

Milo colocó las dos partes una junto a la otra. Ahora podían ver dónde iba la solapa, aunque las letras de la dirección seguían borrosas. Los agujeros mostraban cómo se unían las partes; la mancha indicaba cuál era el borde correcto; el pliegue explicaba por qué el nombre había quedado en la cara interior.

—Entonces sí era para Rulo —dijo Milo.

—Sí, pero no porque las tres marcas se parezcan al letrero de su casa —aclaró Ada—. Lo sabemos porque soy quien la escribió. Voy a poner una dirección nueva y también mi nombre, por si vuelve a mojarse.

Ada escribió con calma. Milo esperó mientras la tinta se secaba. Después guardó la hoja dentro de una cubierta amplia y la llevó a la casa de Rulo. El escarabajo leyó la invitación y sonrió: tenía una idea para hacer estantes con corteza que ya había caído de los árboles.

Al regresar, Milo reunió a sus vecinos junto a la piedra lisa. Ada propuso escribir siempre la dirección de destino y el nombre de quien envía. Rulo ofreció pequeñas cubiertas para proteger las cartas. Entre los tres dibujaron una ruta que pasaba primero por el estanque, luego por el tronco y al final por el jardín de las flores.

—¿Y si alguna carta llega sin nombre? —preguntó Rulo.

—Buscaremos a quien pueda reconocerla y, si no lo encontramos, la guardaremos sin abrirla —respondió Milo—. Una dirección incompleta no se arregla con una suposición.

Desde ese día, la oficina de hojas tuvo una caja para cartas listas y otra para cartas que necesitaban una pregunta más. Milo siguió recorriendo el jardín a su ritmo, con una ruta clara y vecinos que lo ayudaban. Aquella tarde llevó un último mensaje. Estaba seco, completo y tenía nombre de ida y de vuelta.

Aureliano Vargas · Firma editorial de Maestros y Padres